

sagramos la poesía. En poesía, pues, realiza el lenguaje su perfección, henchido de sentimiento. Por eso, el lenguaje de Dios es siempre poesía, en tal grado, que su lenguaje es la verdad de su sentir expresado y la obra de su sentir realizado, estructurado. Como es propio que acontezca a Dios. Y por no extraviarme en el tema no aventuro palabras sobre la maravilla del cosmos cabalmente por ser la palabra de Dios que se hace estrella, cántico, alas o rumores angélicos; porque la palabra de Dios, por palabra, es ya la creación entera en orden y magnificencia sublime.

La poesía conforma las cosas a las palabras y éstas a las cosas; hace que las palabras y las cosas sean conformes. Esta expresión de Fr. Luis de León, si se acepta en su valor filosófico, viene a significar lo que Heidegger proclamó tres siglos más tarde y nosotros defendemos hoy. No queremos ser fervorosos de Fr. Luis de León o de Heidegger, entiéndase bien. Estimamos como adivinaciones sublimes las expresiones de Fr. Luis y como hondura de supremo esfuerzo intelectual la doctrina de Heidegger; y caminamos con la penetración que Dios nos concede.

Por la poesía las cosas se conforman con el lenguaje. Adquieren su gracia y compostura, su aire y sentido. Pierden las cualidades que a los ojos tienen, la cantidad que ofende al tacto y se poetizan; se tornan ellas mismas poesía, lenguaje. El lenguaje funda con ellas y sobre ellas un mundo inédito que sólo el poeta siente y confiesa. El ser de las cosas no es el que tienen en la ciencia de los físicos o en la lógica de los metafísicos, sino el que aparece en el lenguaje poético que las expresa. El gran poeta de la Grecia moderna, Kostis Palamas, lo ha intuído certero: «el Estudio—como la Ciencia—es un hada enferma que tiene abiertos los grandes ojos y tullidos los pies». «Cuando falta el soplo diurno de las canciones me siento aplas-

